

quiso la mala suerte
que Juana, nuestra reina destronada,
oyese hablar, si bien muy de pasada,
del coronel Roldán, alias «La Muerte»,
un militar de historia acrisolada,
de quien cuenta la fama pregonera
que, al empuñar la espada,
se creía un Titán, aunque no lo era.

XI

Pero ¡Señor! Para que el alma honrada
de tan casta doncella
estuviese vencida y dominada
por la pasión aquella,
¿qué había entre ella y él? ¿qué había? Nada:
la mucha fama de él y un sueño de ella.

XII

Supo Juana también que, osado y fuerte,
el coronel «La Muerte»,
como algún día Condillac, opina
que el tacto es la razón de los humanos,
y que el mundo termina
donde acaba el alcance de las manos.

XIII

Y como es tan común entre las Juanas
al tentar á los hombres atrevidos,
una de esas mañanas
en que hierve el volcán de los sentidos,
soñó, con el candor más halagüeño,
que dormía muy cerca de su ensueño;
y en el supremo instante
en que soñaba más... ¡Jesús, qué loca!
supuso que aquel hombre delirante,
como Pablo á Francisca la del Dante,
le escondía los besos en la boca...
Y aunque esto, si no en Dante, lo ha leído
en la historia de un santo arrepentido,
al ver su corazón pundonoroso
que tocan en lo real sus ilusiones,
perdiendo para siempre su reposo,
á aquel amante, que alardeó de esposo,
le echó más maldiciones

que Fray Diego al murciélago alevoso.
Y espantada del hecho
de dormir, sin querer, con sus visiones,
al fin de su explosión de sensaciones,
como flor arrancada de un barbecho,
creyó sacar, cuando saltó del lecho,
su ropa de inocencia hecha girones.

XIV

¡No temas, soñadora empedernida,
por tu pudor, que la final caída
de tu virtud retarda;
á pesar de tus faltas de dormida,
todavía tus pasos en la vida
ve sin rubor el Angel de la Guarda!
Y en tanto que á tu amante devaneo
falte el imán del material deseo,
en tu mundo de amor imaginario
siempre serán tu casto mobiliario
las cosas de los seres ideales,
oro, diamantes, perlas y corales,
luz, susurros, perfumes y colores,
risas, suspiros, pájaros y flores.

CANTO SEGUNDO

DE CAPITAN A SOLDADO

I

¿Volverá Juana á amar? Naturalmente.
¿Qué ha de hacer aquella alma adolescente,
cuando en el campo respirando amores,
los pájaros gorjean
y se hinchan los estambres que rodean
los fecundos pistilos de las flores?
Ella, después que olvida
la imagen que ama ciega,
á otra imagen fingida
con alma, vida y corazón se entrega.
¿Quién no ha visto mil veces repetida
esa crisis suprema de la vida
de un amor que se va y otro que llega?

II

Juana, esta vez, por su fat. l destino,
yendo á una feria un día
se encontró en el camino
á un capitán buen mozo, que tenía
la ordinaria manía de ser fino.
Y una mujer que, por favor del hado,
no conoce el pecado ni de oídas,
conoció al capitán «Perdonavidas»,
que, á más de ser la imagen del pecado,
por falta de ocasión, sólo ha probado
que es muy bravo en vencer á sus queridas.
Este hombre, tan pagado de sí mismo
que con frente altanera
se suele despedir como un cualquiera,
y él cree que dice «¡adiós!» con heroísmo,
en la feria llevaba
un traje de montar, que suponía
un enorme caudal que le faltaba,
y un caballo andaluz que no tenía.

III

Mas ¿cómo pudo soportar sin ira
á un hombre que en amar sólo suspira
por todo lo sensual de vuelo bajo,
Juana, que altiva hasta á los grandes mira,
desde que fué algo reina, de alto á bajo?
Porque en cosas de amores,
por afición sin duda á los laureles,
suele gustar á las que crían flores
el penetrante olor de los cuarteles.

IV

Pero como era en Juana
la castidad más fiera que en Diana,
cuando á aquel capitán, de su alma dueño,
lo vió casado, se acabó su sueño.
Y aunque Juana al principio se acongoja,
porque á su amor sincero
le prueba que es un monstruo verdadero
una rubia, muy rubia, casi roja,
que le sirvió de negro un año entero,
ella, ya indiferente,
hoy le ve acompañar galantemente

á una mujer muy fea y á otra hermosa ;
y como es natural y muy frecuente,
la hermosa es su mujer, la otra su esposa.

V

Mas no lloréis, lectores,
por un alma excelente
á quien constantemente
la consuela el amor de sus amores,
pues tengo la certeza
de que le hará soñar otra grandeza
esa mala ventura que la trajo
á amar á un capitán mala cabeza.
¡La gran naturaleza
va siguiendo en secreto su trabajo,
y después que nos mueve, ella nos guía
al fin de nuestro fin por el atajo
con la fuerza brutal de su inocencia!...
¡Oh madre universal de la existencia :
tu ley es la inmortal sabiduría!

VI

Diré, por fin, para abreviar mi cuento,
que bajando de un golpe muchos grados
en la escala social de la grandeza,
Juana quiso á un sargento
de los más afamados,
que cuando grita «¡firmes!» con firmeza,
clava un metro en el suelo á los soldados.
Es raro en un candor tan verdadero
que amase una semana
al sargento «Metralla», un gran guerrero,
que era primo tercero
de una prima trigésima de Juana,
y un hombre tan ardiente y tan bizarro
de quien su prima, que le amó, decía
que al mirarla parece que quería
encender en sus ojos el cigarro.
¿Decís que amar á ese hombre es gran locura?
Lo será con certeza ;
pero el mal del amor no tiene cura
cuando es por desventura
más grande el corazón que la cabeza ;
y cuando un cuerpo lleva
un alma como un horno acalorada,
cualquier cosa, una voz, una mirada,

es la serpiente tentadora de Eva.
 Así es que fué querido
 por la prima de Juana el tal sargento,
 porque un día, atrevido,
 vistió de falda corta un pensamiento,
 se fué hacia ella, se acercó á su oído,
 y en frases más fosfóricas que bellas,
 aunque sólo de nombre,
 le regaló la luna y las estrellas.
 ¡No engaña á las mujeres ningún hombre:
 por regla general, se engañan ellas!

VII

El sargento Metralla,
 que llamaba á la tropa
 la «gente de mi ropa»,
 y á las gentes civiles «la canalla»,
 era un matón de audacia tan fingida,
 que siempre en el fragor de la batalla
 procuró, más que herir, no ser herido;
 y buscando socorro,
 mientras gritaba «¡A ellos!» en la huída,
 como el gran Napoleón, pasó su vida
 haciéndose el león, siendo un gran zorro.
 Pero ella, que en la edad de la hermosura,
 aspirando á un amor que nunca alcanza,
 metida en una nube de esperanza,
 cuanto hace y dice es poesía pura,
 exaltado su amor probablemente
 por los informes de su prima, Juana
 sólo pudo querer á aquel valiente
 de prisa y de memoria una semana,
 porque el pobre sargento,
 con esta precisión con que lo cuento,
 de pendiente en pendiente,
 ganó rápidamente
 los cuatro grados que á la letra copio:
 ascendió á subteniente,
 subió desde el Jerez al aguardiente,
 de éste al alcohol y del alcohol al opio.
 Mas si helaron al pronto estos horrores
 en Juana los amantes sentimientos,
 vendrán otros momentos,
 y vendrán, como siempre, otros ardores;
 que en palacio, en la choza, en los conventos,
 al llegar la estación de los amores,
 sólo se hallan amantes pensamientos,
 cantos de aves, perfumes de las flores.

VIII

Mas ¿vivió el tal sargento? El tal sargento
 ignoro si ha vivido ó no ha vivido;
 mas sé que fué querido, y muy querido,
 por Juana, que le amó de pensamiento.
 Y ¿quién duda un momento
 que lo que fué en un corazón, ha sido?
 ¡Tan cierto es que lo real es lo fingido,
 que á veces duda el mundo
 si César y Colón han existido:
 los verdaderos hombres que han nacido
 son Fausto, don Quijote y Segismundo!

IX

Como se ven las cosas más extrañas
 en aquella cabeza,
 más movable que un viento entre montañas,
 Juana, en noches de insomnio y de flaqueza,
 sin perder la pureza,
 tuvo hijos sin dolor de sus entrañas.
 ¿Me vais á preguntar que cómo es eso?
 Pues eso es que, fundidas al exceso
 del calor de sus sueños juveniles,
 de las frías muñecas infantiles,
 se convierte el cartón en carne y hueso.
 ¿Que no es verdad? ¿Cómo diré, Dios mío,
 sin que de horror se abra á mis pies el suelo,
 que Juana, entre amorío y amorío,
 tuvo hijos sólo por favor del cielo?
 Hijos de ella ¿y de quién? De las estrellas,
 que, inspirando ternuras visionarias,
 hacen ser á castísimas doncellas
 madres imaginarias
 de hijos hermosos de ninguno y de ellas;
 por lo cual la que más y la que menos,
 al condensar el fuego que la abrasa,
 en sus delirios de ternura llenos,
 tiene hijos sanos, rubios y morenos,
 de los novios de luz con quien se casa;
 y por eso la niña de este cuento
 aunque viüda ya de pensamiento,
 si virgen por el cuerpo todavía,
 en ese corto plazo
 que precede al crepúsculo del día,
 soñando, convertía
 en un nido de soles su regazo;

y como el alma encierra
 el germen de los bienes y los males,
 es feliz con sus hijos ideales
 la madre menos madre de la tierra;
 y en su amor sin amante,
 dejándole volar á su deseo,
 soñando, se llevaba de paseo
 dos niños de la mano, y dos delante;
 y ¡cosas de la vida!, como estaban
 formados del vapor de los ambientes,
 los hijos de su amor se evaporaban
 cuando, al venir la aurora, se llevaban
 los céfiros los sueños de las frentes!

X

¡Dios del amor! ¿Preguntas en qué autores
 he aprendido á pintar tantos amores
 y escenas de pasión tan misteriosas?
 ¡Dios del amor, dios del amor! ¿qué quieres?
 ¡Como soy viejo ya, sé muchas cosas,
 y entre ellas lo que piensan las mujeres!

XI

Ya hemos visto que es Juana tan vehemente
 y en amar tan voraz, aunque inocente,
 que, arrastrando tenaz sus desengaños,
 moralmente y tan sólo moralmente,
 gastó varios esposos en dos años;
 y en su ilusión, cual si estuviese cierta
 de cumplir de su madre el pensamiento,
 imitando á la infanta de aquel cuento,
 que á la suya oyó hablar después de muerta,
 se fué á buscar su mente
 al vecino de enfrente,
 que, siendo carpintero, hizo la caja
 y se prestó á poner piadosamente
 á su madre difunta la mortaja.
 Mas como obra á traición lo inesperado,
 quiso el destino fiero
 que fuese el carpintero,
 mientras ella era reina, á ser soldado.
 Y si bien, desdeñosa,
 cuando era hombre civil no le quería,
 ya un poco menos fría,
 al ver que es militar, piensa otra cosa;
 y de este modo, Juana,

que tenía á aquel joven olvidado,
 al verle ya soldado,
 lo halló en su corazón una mañana;
 y aunque sólo es soldado el buen vecino,
 ella, en su sed de amor inextinguible,
 sabe bien que el destino
 suele hacer de un soldado un Rey posible.
 Y ¿quién duda que en caso semejante,
 cuando era Juana de Arco una pastora,
 elevaba en su amor, como ella ahora,
 algún pastor á príncipe reinante?
 Jura, pues, por el sol y por la luna,
 y por todo lo humano y lo divino,
 que al volver de la guerra aquel vecino
 se casará con él sin duda alguna;
 y aunque ignora su nombre todavía,
 conserva Juana de él una memoria
 tan tierna como el día
 del santo de su madre, que está en gloria.

XII

No hablando ni pensando en otra cosa
 más que en ser pronto esposa
 de un militar que es bueno y de su clase,
 para estar muy hermosa,
 discute algo dudosa
 si su traje nupcial, cuando se case,
 ha de ser blanco ó de color de rosa;
 y esperando al ausente,
 sólo tiene en su amor por confidente
 á aquel que ve nacer los pensamientos,
 y vaga por el campo alegremente
 oyendo en el ambiente
 la música sin letra de los vientos.

XIII

Pero ¡ay! un día, de dolor transida,
 aquella Ofelia cuerda y mal vestida
 con traje de percal descolorido,
 supo que el prometido
 dió con gloria la vida,
 y que, al fin de una lucha fratricida,
 su gloria y él se los tragó el olvido,
 siendo así de aquel hombre,
 la fama, el ruido, la virtud y el nombre,
 la extinción tan completa,

cual lo serán las dichas y los duelos
de este inútil planeta
el día en que, al pasar algún cometa,
lo arroje á los abismos de los cielos!

XIV

Y como es Juana, al fin, de esas mujeres
que tienen el consuelo
de suponer que hay seres
que las miran y las llaman desde el cielo,
cuando ya lentamente
su endeblez se iba haciendo transparente,
siguió al héroe olvidado
que á la sombra murió de su bandera,
y ella, de esta manera,
después que tuvo á un rey esclavizado,
vino á acabar su militar carrera
muriéndose de amor por un soldado.

XV

Mientras Juana ha existido,
sólo vió en los objetos sus ficciones,
y al fin, para acabar como ha vivido,
en una compendió sus ilusiones:
y soñando, al morir, que se moría,
vió, en su sueño, formado
un numeroso ejército mandado
por aquel rey que la miró aquel día;
y, mientras duda con dolor la tierra
si es Juana un general muerto en campaña,
la despide del mundo el Rey de España
con todos los honores de la guerra.
¡Marcha real! En sus honras funerales
le presentan las armas los soldados,
y tienen con dolor los oficiales
en el cielo los ojos abismados.
¡Y en tanto que hace de pasión extremos
un cierto coronel que ya sabemos,
y un capitán, con el mayor cariño,
le promete, mirándola, ser bueno,
alivia el pecho de suspiros lleno
un sargento que llora como un niño!
¡Marcha real, marcha real! ¡Aunque encantados
queriendo sus sentidos apagados
dar fin á su calvario de venturas,
con ojos por las penas agrandados

mira Juana, expirando, á las alturas,
donde han de ser los tristes consolados;
y, virgen coronada de jazmines,
mientras haciendo el duelo
ensordecen el suelo
tambores destemplados y clarines,
oye también por la región del cielo
los coros de los santos serafines!
¡Y cuando su alma honrada,
que no pensó sin éxtasis en nada,
dió un adiós á sus sueños terrenales,
su frente levantó, sólo tocada
por la luz y los besos maternos;
y volviendo tranquila la cabeza
á la vaga región de lo invisible,
murió con la firmeza
de un mártir de la fe de lo imposible!
¡Y feliz con el duelo
que la tierra le hacía,
logrando el fin de su constante anhelo,
fué á gozar de la gloria, en que creía,
aquella alma tan grande, que tenía
por base el mundo y por corona el cielo!